»LO QUE HAY«

ROBERTO TORRETTI

Es claro que no se pueden definir todas las expresiones que utilizamos para comunicarnos. En muchos casos ni siquiera es posible explicar con precisión su uso correcto. No es menos claro, sin embargo, que desde niños aprendemos a valernos de tales expresiones para darnos a entender. La tranquila maestría con que cualquier muchacho de doce años deriva sustantivos abstractos de los adjetivos correspondientes, maneja los tiempos verbales, cuenta cantidades y compara calidades, asevera existencias o atribuye relaciones, conjetura, interroga, niega, da testimonio de una certidumbre —llamémosla *ontológica*— sin la cual no se podría llegar a concebir siquiera una duda sobre cuestiones de hecho.

La filosofía busca articular ese saber implícito en el uso ordinario del lenguaje, clarificándolo en lo que tiene de confuso, rectificándolo en lo que pudiera tener de contradictorio. Mas como el filósofo no tiene acceso a una fuente de "conocimiento del ser" ajena a la referida certidumbre, antes bien tiene que recurrir a ésta a cada paso para discurrir correcta e inteligentemente en su propio idioma, no es posible que la descarte del todo, reemplazándola por fabricaciones originales, y no es justo que la corrija excepto cuando una patente contradicción o insuficiencia lo hace indispensable. Me inclino a pensar que las rectificaciones filosóficas lícitas al saber ontológico implícito en el uso ordinario del lenguaje no recaen en rigor sobre tal saber, sino ya sea sobre las formulaciones del mismo propuestas por filósofos anteriores, ya sea sobre las extensiones que suelen hacerse del lenguaje corriente a materias que escapan a la experiencia más familiar. (Así, por ejemplo, la pregunta por el lugar de cada cosa, admisible en la conversación familiar y codificada por Aristóteles en su tabla de categorías, puede resultar impertinente en microfísica). Por otra parte, toda revisión del susodicho saber implícito tiene que ajustarse a lo que, parodiando a Niels

Diálogos, 41 (1983) pp. 89-93.

Bohr, podemos llamar un "principio de correspondencia": Por mucho que la filosofía se aparte del sentido común en cuanto su tema rebasa los límites de la vida cotidiana, ella debe concordar con los supuestos tácitos del lenguaje corriente en todas las cuestiones comprendidas dentro de esos límites. (La aceptación de tal "principio de correspondencia" se advierte, por ejemplo, en el esfuerzo que Berkeley dedica a probar que su negación de la materia no está en pugna con el sentido común; también el argumento pedestre pero certero que Samuel Johnson opuso al inmaterialismo de Berkeley hace valer contra él las exigencias del uso ordinario del inglés.[1])

Las consideraciones anteriores se aplican notoriamente a la expresión "hay", de figuración tan destacada en *El Ser y el Sentido* de Ferrater Mora. No parece posible caracterizarla mediante otras expresiones, salvo al precio de producir lo que llaman definiciones *per obscurius*, ya que es difícil hallar otro vocablo más inmediatamente comprensible que éste en su acepción corriente. Cabe, sí, ofrecer criterios de su uso correcto e incorrecto, pero aun de éstos no creo que pueda darse una lista exhaustiva. Sin embargo, todos empleamos la expresión "hay", por regla general, sin titubeos, y si tenemos dudas sobre su aplicabilidad en un caso dado, ellas no conciernen el "sentido" de la expresión o las modalidades de su uso legítimo.

Una peculiaridad importante del uso corriente de "hay" consiste en que lo que se dice haber es referido siempre a otro objeto, ora una cosa con la cual ello está relacionado, ora una clase o conjunto al cual pertenece y que sirve de trasfondo u "horizonte" contra el cual ello se destaca.

Hay varios huevos en la nevera.
Hay ciudades mayores que Madrid.
Hay cuatro números primos entre el diez y el veinte.

Cada una de estas oraciones asevera la existencia de uno o más objetos con los caracteres que se indican, *en cierto lugar* o *dentro de cierta clase*. Si eliminamos toda referencia al dominio en que esté comprendido aquello que decimos que hay, obtenemos aseveraciones absolutas de existencia, como solemos hallar en las obras de metafísica, pero que resultan desconcertantes en la conversación ordinaria:

[1] "After we came out of the church, we stood talking for some time together of Bishop Berkeley's ingenious sophistry to prove the non-existence of matter, and that everything in the universe is merely ideal. I observed, that though we are satisfied that his doctrine is not true, it is impossible to refute it. I never shall forget the alacrity with which Johnson answered, striking his foot with mighty force against a large stone, till he rebounded from it,—'I refute it *thus*.'" (Boswell, *The Life of Samuel Johnson*, Everyman's Library, vol. I., p. 292). La fuerza de la prueba de Johnson estriba, me parece, en que no se puede patear una idea, o, dicho de otro modo, en que no puede llamarse "idea" a algo que se puede patear.

Hay varios huevos.
Hay ciudades.
Hay cuatro números primos.

Aun estas oraciones, aunque inusitadas, adquieren un sentido si entendemos que dicen que la clase de los huevos, y la de las ciudades, y la de los números primos, tienen miembros. De tales clases, a su vez, cabe decir que las *hay* en el "horizonte" determinado por alguna clase más amplia. En cambio, la aseveración estrictamente absoluta

Hay algo

no admite un tratamiento similar. No vale argüir que ella proclama la existencia de a lo menos un miembro del conjunto de todo lo que hay; tal conjunto, como bien vio Cantor, no puede concebirse sin contradicción, si es verdad que, dado un conjunto cualquiera, *hay* también el conjunto de las partes de este conjunto.

La relatividad de las aseveraciones de existencia se preserva en la semántica formal contemporánea, la cual, como es sabido, sólo confiere un sentido a las oraciones cuantificadas existencialmente (oraciones de la forma *(Ex)(...x...)*) relativamente a un dominio preasignado. Que *hay* tal dominio no es algo que pueda decirse en el lenguaje regulado por la semántica formal, sino en un "metalenguaje". De ordinario este último es el lenguaje corriente, de modo que el dominio relativamente al cual se interpretan las aseveraciones existenciales de la lengua formalizada ha de introducirse mediante una aseveración existencial relativa del tipo arriba considerado. Por otra parte, si el "metalenguaje" también está gobernado por una semántica formal, le son aplicables las observaciones precedentes, el dominio de referencia de sus cuantificadores existenciales ha de introducirse en un "metametalenguaje", etc. La edificación de una jerarquía de "metalenguajes" formalizados puede llevarse tan lejos como se desee; no se elude con ello la necesidad de conducir la formalización del último en castellano, o en inglés, o en otra lengua viva, en la cual no cabe formular inteligiblemente aseveraciones existenciales absolutas. (A menos, claro está, que se explique, sin emplearlas, qué es lo que se pretende significar con ellas.)

La referida peculiaridad del uso de "hay" en castellano —y de sus equivalentes en otras lenguas vivas— se refleja en una filosofía como la de Heidegger, que rehúsa considerar el mundo como la suma o agregado de todo lo que hay y prefiere describirlo como el "horizonte" dentro del cual cada cosa que hay se hace presente. Tal descripción, como todo intento de hablar de un modo comprensible sobre temas inusitados, es aventurada y cuestionable; pero en todo caso es más prudente, más res-

petuosa de una diferencia que, como creo haber mostrado, se discierne ya en la conversación familiar, que la brutal extrapolación del uso ordinario perpetrada por las ontologías de corte tradicional, las cuales tratan al mundo como la alacena del ser y se proponen inventariar "todo lo que hay" en él.

No pretendo sostener que cualquier discurso filosófico acerca de "la totalidad de lo que hay" por fuerza carece de sentido. Afirmo únicamente que la prueba de que lo tiene compete al filósofo que discurre de tal modo, ya que las formas de expresión concomitantes —en particular, la aseveración absoluta de la existencia de la dicha totalidad— se apartan del lenguaje corriente (no obstante la engañosa apariencia contraria) y no pueden justificarse apelando a la reconocida inteligibilidad de éste. El ontólogo que intenta inventariarlo todo se halla en una situación parecida a la del teólogo cristiano o musulmán, y puede quizás aprender de éste la manera de legitimar—o, por lo menos, de hacer plausibles— los giros aberrantes de que tiene que valerse hasta para comunicar su programa. Obligado por su mismo oficio a hablar de lo inefable, el teólogo monoteísta sabe que sus palabras no pueden tomarse al pie de la letra. Así, cuando formula la consabida pregunta del catecismo, "Decidme, hijos, ¿hay Dios?", no entiende inquirir con ella si la clase de los dioses difiere de la clase vacía, ni mucho menos insinuar que aquella clase es sólo una parte de un dominio más amplio, en el cual ocupa el sitio que le asigna una *Moira* trascendental. Antes bien, el teólogo concibe la respuesta esperada —"Sí, padre, Dios hay"— como una aseveración absoluta de lo absoluto, no importa cómo la entienda el catecúmeno. El teólogo sabe conciliar con el sentido común la aspereza de este giro insólito. "Hay" —dirá a quien lo cuestione— no se emplea aquí en su significado ordinario sino "analógicamente". "Hay" en la oración "hay Dios" no equivale pues a "hay" en "hay naranjos en Sevilla". Su valor preciso y el sentido exacto de la analogía con la acepción común del vocablo son asuntos que todo teólogo honesto debe aclarar. Asimismo el ontólogo que describe el mundo como la totalidad de lo que hay no puede sino entender "hay" en un sentido peculiar, análogo quizás al corriente, pero en todo caso diverso de él. Mientras ese sentido no se aclare el ontólogo totalista e inventariante no puede estar cierto de que sabe lo que nos quiere decir.

Universidad de Puerto Rico

Apéndice

Escribí "»Lo que hay«" en octubre de 1976, a invitación de la profesora Priscilla Cohn, para un volumen dedicado a José Ferrater Mora. Como han pasado los años sin que aparezca, me he decidido a publicarlo aquí.

El 4 de noviembre de 1976, Ferrater Mora me señaló por carta ciertas oscuridades en mis explicaciones sobre la expresión "lo que hay" y me preguntó —con vistas a una posible respuesta— en qué grupo de filósofos lo colocaba yo a él, si en el de quienes "se niegan a considerar el mundo como la suma o agregado de todo lo que hay y prefieren describirlo como el 'horizonte' dentro del cual cada cosa se hace presente", o en el de los que extrapolan brutalmente el uso ordinario tratando de inventariar todo lo que hay. Los siguientes pasajes de mi respuesta enviada el 9 de noviembre de 1976, pueden tal vez interesar al lector.

"No creo que la frase 'hay algo' asevere nada en castellano. En castellano corriente no se usa sino como fragmento de frases mayores. En castellano filosófico se emplea con la intención de expresar una aseveración absoluta de existencia, pero en mi opinión tal empleo no alcanza su propósito porque no tiene precedentes en el uso ordinario y los filósofos no han explicado hasta ahora en castellano ordinario qué es lo que quieren decir con este giro extraordinario. Naturalmente, mis reservas respecto a la inteligibilidad de 'hay algo' se extienden también a la oración que en su carta Ud. propone como equivalente, a saber, 'hay un mundo, este mundo, con todas las cosas que hay'. ¿Qué quiere decir 'mundo'? ¿qué quiere decir 'todas las cosas que hay'? Entiendo 'todas las cosas que hay en mi bolsillo', pero 'todas las cosas que hay' es para mí una frase trunca. Espero que esto aclarará las oscuridades señaladas en el segundo párrafo de su carta."

"...Yo no sé decir en cuál de los dos grupos de pensadores señalados por mí hay que contarlo a Ud. O, mejor dicho, sé muy bien que no figura en el primero —el de Heidegger y Fink— pues en *El Ser y el Sentido* [Madrid: Revista de Occidente, 1967], página 63, Ud. rechaza explícitamente el procedimiento seguido por ellos. Pero ¿significa esto que hay que clasificarlo a Ud. en el segundo? Frecuentemente en *El Ser y el Sentido* parecería que así es —y si tal no pareciera la lectura de esa obra no me habría sugerido el artículo de que hablamos—; pero en *Cambio de marcha en filosofía* [Madrid: Alianza, 1974] borra Ud. esta apariencia de una plumada cuando escribe en la página 108 que el uso de 'lo que hay' en la obra anterior no es designativo. (Me temo, en cambio, que para Quine sí que 'what there is' es designativo, pues designa 'the range of my bounded variables', o sea, el dominio de la interpretación adoptada; y tal dominio sí que tiene que poder designarse, al menos en el 'metalenguaje', para que mis palabras tengan sentido.) He preferido por eso presentar mi análisis, no como una polémica contra una posición efectivamente adoptada por Ud., sino como una crítica de un procedimiento filosófico tradicional que a ratos parece insinuarse en su obra y que un lector desprevenido podría sentirse inclinado a seguir creyendo que está respaldado por la autoridad de Ud.".